

CAPITÁN NEMO

LAS AVENTURAS DEL JOVEN JULES VERNE

LA ISLA PERDIDA



Cuando se anuncia en la ciudad la presentación de un globo aerostático, Los Aventureros del siglo XIX —es decir, Jules y sus amigos Caroline, Marie y Huan— no pueden resistir la tentación de examinarlo en secreto. Al mismo tiempo, siniestras fuerzas contrarias al progreso confabulan para que la presentación del maravilloso aparato fracase.

Unos y otros conseguirán su propósito, dando así el pistoletazo de salida a arriesgadas peripecias para los integrantes del club: abandonados en una isla perdida, tendrán que recurrir a su inteligencia, su habilidad, su valor para sobrevivir y, ante todo, ¡su inquebrantable amistad!

Los aventureros del siglo XXI

Jules Verne

Es un niño de doce años, muy inteligente y extraordinariamente imaginativo. ¡Su curiosidad no tiene límites! Se pasa el día ideando artilugios para el futuro, como un vehículo para ir por el fondo del mar o una máquina que detecta la presencia de fantasmas. ¡Sabe que algún día alguien hará realidad sus ideas!

Huan



De origen asiático, tiene doce años, es compañero de escuela de Jules y su amigo del alma. Tiene un gran sentido del humor ¡y siempre está metiendo la pata! Le encanta hacer gamberradas, en especial a sus profesores. Aunque intente mostrar lo contrario, es el más miedoso del grupo.

Caroline



Prima de Jules. Tiene trece años y es una niña encantadora. Proviene de una familia adinerada. Es inteligente y muy rápida a la hora de tomar decisiones. Estar con Jules y sus amigos es su válvula de escape para contrarrestar su rígida vida familiar.

Marie



Tiene once años, es de familia humilde y siempre se preocupa por los más necesitados. No oculta que le hubiera gustado ser un chico porque «pueden hacer lo que quieren». Es ágil, soñadora y muy imaginativa. Está convencida de que si los adultos también lo fueran, ¡el mundo funcionaría mejor!

PRÓLOGO DEL CAPITÁN NEMO

Nantes (Francia), otoño de 1839

El estrépito de las ruedas sobre el empedrado de la callejuela alertó a la anciana, que tuvo tiempo de pegarse a la pared. Desde allí presenció la huida alocada de dos jovencitos que tiraban con todas sus fuerzas —con todas sus piernas, sobre todo— de uno de esos carretones de mano con que los verduleros reparten sus productos por la mañana temprano. Antes de que los chicos doblaran por la esquina siguiente, la mujer vio coliflores, espinacas, manojos de acelgas, cebollas, remolachas, lechugas, tomates y también fruta, todo bastante pocho.

La anciana, que vivía en la calle por falta de medios, adivinó lo que sucedía y miró con comprensión a los fugitivos. También ella, cuando los tenderos del mercado se distraían, alargaba la mano hacia alguna manzana o pera y se la guardaba disimuladamente para comérsela más tarde. No era raro que unos pillos robaran para alimentar a sus familias, sucedía todos los días; lo raro era que vistieran uniforme escolar.

Confirmó su idea del robo la aparición, justo después, de tres personas a todo correr que perseguían a los chicos. Eran un hombre muy alto y desmañado, de zancadas torpes, con delantal y gorro de cocinero, armado con un largo

trinchador, y detrás de él, una mujer muy baja, también con delantal, que aceleraba sus pasitos para no quedarse atrás. Cerraba el grupo un hombre barrigudo con el blusón oscuro típico de los verduleros.

—¡Han torcido por aquella esquina, oigo las ruedas! — gritó el segundo hombre.

A la anciana le pareció que la carrera estaba bastante igualada: los jóvenes tenían el impedimento del carretón, pero sus perseguidores no eran ningunos atletas. Como quería enterarse de cómo acababa aquello, fue también hasta la esquina.

Oyó entonces el choque tremendo del carretón contra una pared. En su giro vertiginoso para continuar por otra calle, uno de los chicos había resbalado y el otro no había podido dominar el vehículo, que se había estrellado de costado contra un edificio. Desde la esquina, la anciana vio el carretón atravesado y a un chico en el suelo. Pensó que el chaval lo tenía mal para escapar.

Cocineros y verdulero se dieron cuenta también de las dificultades de los jóvenes y corrieron más. No se fijaron en dónde pisaban, y el torpe cocinero aplastó un tomate blando que había caído del carretón con el traqueteo, se escurrió y su cuerpo desgarrado hizo un tirabuzón en el aire y se estampó contra los adoquines. La anciana se estremeció, como si también a ella le doliera el batacazo.

La mujer bajita se detuvo a socorrer al hombre, que gemía como un bebé y hasta llamaba a su mamá. El verdulero, que iba el último, se vio incapaz de continuar él solo la persecución —había llegado al límite de sus fuerzas—, así que se detuvo y, sofocado, apoyó una mano en la pared.

Con el cocinero por los suelos, la mujer agachada junto a él y el otro hombre a un lado, la anciana vio qué ocurría al fondo de la calle. El chico caído se levantó enseguida con ayuda de su amigo. Poco después, el carretón volvía a estar horizontal y desaparecía de la vista.

La anciana prosiguió entonces su camino. No iba lejos. A dos manzanas de allí se hallaba un asilo que era también comedor de beneficencia, La Charité Nantaise, donde por las mañanas distribuían tazones de leche caliente con un trozo de pan a los pobres de la ciudad.

Clareaba ya, el sol estaba a punto de salir; hacía frío, pero, al menos, el cielo no estaba nublado. El episodio del carretón había puesto de buen humor a la anciana, que con una sonrisa en los labios recorría despacio los metros que la separaban del comedor público; casi sentía ya el bienestar de la leche en su estómago. Estaba a unos pasos de la institución benéfica cuando vio aparecer por el otro extremo de la calle a los jóvenes con el carretón. Se detuvieron frente a la puerta de La Charité Nantaise. Allí los esperaba una joven de su misma edad, vestida también con uniforme escolar, que los recibió con muestras de alegría. Así que aquel era el destino de las verduras, una obra de caridad...

La sonrisa de la mujer se ensanchó: un tiempo soleado, una peripecia divertida que no se le olvidaría y unos muchachos de buen corazón. El día empezaba bien.

—Esperad aquí un momento, voy adentro a decirles a las monjas que nos han regalado un cargamento de frutas y verduras. Se van a poner contentas —dijo Marie aliviada.

Marie era la chica que esperaba en la puerta, y su alivio se debía a dos motivos: que sus amigos hubieran logrado birlarle el carretón al verdulero cuando hacía la entrega en el colegio y que lo hubieran hecho a tiempo para poder llegar puntuales a clase después de llevarlo al asilo.

—¿Te has hecho mucho daño? —le preguntó Jules a Huan.

—Bah, no es nada, ya ni noto el golpe. Qué susto, creía que nos pillaban.

—Sí. Y qué suerte que no volcara el carretón, habría sido una lástima que nuestro robo no sirviera para nada.

En ese momento salió Marie.

—Listo, chicos. Ahora vienen las monjas, pero vamos a echarles una mano para llevar todo esto a la despensa, y así, de camino al colegio, podemos dejar el carretón cerca del mercado, no me gustaría que lo encontraran aquí.

La Charité Nantaise no recibía suficientes donativos para atender a todas las personas que acogía o que acudían en busca de una comida, por lo que agradecían cualquier regalo. Y las monjas que se ocupaban de la institución no eran demasiadas, no se las habrían arreglado sin la ayuda de voluntarios como Marie.

La descarga del carretón, hecha por los tres jóvenes y un par de monjas que no preguntaron de dónde procedían todos aquellos alimentos, fue cuestión de unos minutos. Después, los chicos se despidieron y, tirando del vehículo, se dirigieron al colegio.

—Una jugarreta perfecta, ¿eh? —dijo Marie.

—Casi —repuso Huan.

—¿Por qué casi?

—Bueno —explicó Jules—, es que ni el pésimo cocinero de nuestro colegio, ni su ayudante ni mucho menos el señor verdulero estaban conformes con que nos lleváramos esos lamentables vegetales que hemos traído. Como teníamos planeado, hemos agarrado el carretón mientras charlaban y hemos salido corriendo, pero se han dado cuenta antes de lo previsto y se han puesto a perseguirnos. Entre todos hemos dado un divertido espectáculo por las calles.

—Yo no me he divertido tanto —confesó Huan, que en realidad todavía estaba dolorido.

—Espero que no os hayan reconocido, y que tampoco hayan adivinado adónde veníais —deseó Marie.

—Lo que no comprendo, Marie, es por qué hemos impedido que esas verduras y frutas medio podridas acaben en nuestros platos a la hora de comer para traerlas aquí y que se las sirvan a otros —dijo Jules.

—No es tan sencillo como crees, Jules; a veces a la gente no le importa tanto la calidad de la comida. Además, las monjas cocinan de maravilla, tú mismo te comerías sin protestar las mismas verduras que odias en el colegio, guisadas por ese mal cocinero.

—Yo ya estoy harto de tirar de este trasto —los interrumpió Huan—. ¿Y si lo dejamos aquí mismo?

Y allí mismo se quedó el carretón.

Marie, Jules y Huan estudiaban en la misma escuela, La Bonne Tradition, abierta unos años antes en un viejo palacio abandonado. El edificio había sido reformado por completo gracias al dinero aportado por algunos hombres ricos de la ciudad. El establecimiento escolar no había tardado en lograr prestigio entre las clases pudientes por su exigente formación, pero también popularidad entre las familias más pobres, porque reservaba numerosas plazas para niños cuyos padres nunca habrían podido pagar un colegio así. Y nadie sabía bien por qué el director y dos profesores de su confianza decidían admitir o no a un nuevo alumno; incluso se había dado el caso de que rechazaran a algún hijo de buena familia.

Ese misterioso proceso de selección hacía que el alumnado fuera muy variado. Un buen ejemplo era el grupito de amigos formado por Jules, Huan y Marie.

Jules, Jules Verne, pertenecía a una familia acomodada que, un par de años antes, había querido que su hijo estudiara en el mejor colegio de la ciudad. El único que se había opuesto a su admisión había sido el propio Jules, que en sus charlas con otros chicos había oído hablar de las normas demasiado estrictas de La Bonne Tradition. Y no es que él fuera desobediente o indisciplinado, no era eso. A sus once años, Jules era simplemente una mente privilegiada y, sobre todo, incansable. Esa actividad mental continua al final terminaba metiéndolo en problemas, porque, según

decía él, «el mundo va por un lado y yo por otro». Pero no se resignaba ni nunca lo haría, tenía el firme propósito de adaptarlo a su imaginación. Y había llegado a la conclusión de que la única manera era «acelerar el mundo». Fanático de la ciencia y la técnica, dedicaba todo su tiempo libre —y el no libre también— a experimentar en todos los campos del conocimiento y a inventar aparatos que inmediatamente quería construir y poner en funcionamiento.

Marie Nardaud, la chica que los esperaba en el asilo y que en ese momento caminaba a su lado, siempre le decía a Jules que él vivía en el futuro y ella en el presente.

—Si somos amigos, es porque los dos nos hemos puesto a viajar, tú desde tu futuro hacia el presente y yo al revés, y hemos coincidido en mitad del camino.

Posiblemente, a nadie le gustaban más las ideas de Jules que a Marie. Ese futuro en que la ciencia y las máquinas habrían mejorado la vida de la gente era una esperanza; pero a ese futuro se llegaba poniéndose en marcha inmediatamente, todos juntos, y su colaboración en la institución benéfica unos cuantos días a la semana formaba parte de ese viaje.

Había entrado en la escuela La Bonne Tradition gracias a las plazas reservadas para familias humildes. Hija de un modesto artesano y con seis hermanos, todos chicos, su vida estaba llena de trabajos y penurias, pero la afrontaba con una determinación que a muchos les parecía masculina. Ella pensaba que lo decían porque se sentía a gusto vistiendo ropa de chico, más cómoda, y llevaba el pelo corto y gorra. Y le daba igual lo que dijera la gente.

Huan, por su parte, no tenía grandes ideas en la cabeza; sus aspiraciones en la vida, en cambio, eran infinitas. Admiraba y respetaba a su padre, el señor Shian, un comerciante oriental que había llegado a Nantes antes de que Huan naciera y había logrado prosperar con una tienda en la que se vendía de todo, de todas las partes del mundo y de todos los precios. A su negocio iban desde amas de casa pobres

en busca de una tela corriente con que remendar un viejo vestido hasta encopetadas señoras que pagaban fortunas por figuritas exóticas para dejar pasmadas a sus amistades. Viendo las ganancias de su padre, que nunca había ido al colegio, Huan se preguntaba por qué se empeñaba en que su hijo perdiera el tiempo en clase, donde nunca atendía. Sus malas notas lo habían hecho repetir y encontrarse con nuevos compañeros de aula. Uno de ellos era todo un personaje en el colegio: Jules.

La Bonne Tradition era un edificio muy alto, de tejados oscuros y empinados, con dos alas en ángulo recto. En la esquina que formaban estas alas se alzaba una torre cuadrada con ventanales en todas las paredes. Era el despacho del director, desde el que podía ver todo lo que sucedía fuera del colegio y también en el patio.

Una alta tapia de piedra rematada con una reja rodeaba el colegio. En ella se abría la entrada principal, de la que partía un camino que atravesaba los jardines de la parte externa del edificio. En la parte interna, donde el sol solo daba a finales de la primavera y en verano, estaba el patio, un simple terreno enlosado en su mayor parte y cerrado por el propio edificio y la tapia.

Precisamente en el patio, el director, Claude Mathieu, había mandado formar a los alumnos aquella mañana. Quería decirles unas palabras antes de que comenzaran las clases. Lo primero que había hecho el cocinero al regresar al colegio tras la frustrada persecución había sido informar del robo al director y decirle que había visto que los ladrones vestían el uniforme del colegio.

Cuando todos los alumnos estuvieron alineados en filas, las chicas a un lado, los chicos a otro, el director salió a la puerta del patio.

—En sus años de existencia, La Bonne Tradition se ha ganado la reputación de colegio excelente, del que sus pupilos salen con una formación impecable y unos principios rigurosos —empezó a decirles con voz contenida, pero que

se notaba colérica—. Jóvenes que han estudiado aquí sobresalen ya en la sociedad, cada cual en su oficio, sus responsabilidades o su posición. Ahora parece que algunos entre vosotros pretenden destacar en algo que ningún profesor les ha enseñado: el pillaje. Porque hoy, alguien ha robado las frutas y verduras para vuestra comida, y sabemos que han sido alumnos del colegio.

Aquellas palabras provocaron distintas reacciones entre los estudiantes, desde risitas hasta exclamaciones de asombro o reprobación. Pero todos, como si se hubieran puesto de acuerdo, volvieron la cara hacia la última cabeza de la tercera fila de los chicos. Era, por supuesto, la cabeza de Jules; solo a él se le podía haber ocurrido algo tan audaz y haberle salido bien. El propio director, cuando volvió a hablar, tenía la mirada clavada en el chico.

—No tenemos pruebas de quiénes han sido, así que no puedo acusar a nadie de un robo que supondría su expulsión inmediata del colegio. Personalmente, no tengo ninguna duda de que el autor es el mismo que tantas veces ha alterado las clases, junto con su cómplice habitual. —En ese momento, los ojos de los alumnos fueron hasta Huan, que por estatura estaba el primero de una fila—. Quiero que sean los culpables los que confiesen su falta y hagan frente a las consecuencias. Solo así podría ser benevolente con ellos y no expulsarlos. Si antes de la hora de la comida no se han presentado en mi despacho, habrá un castigo general: os quedaréis todos sin comer.

Nadie se presentó, y nadie delató a nadie. Pero ningún estudiante se quejó, ni en el colegio ni luego en su casa, por no comer a mediodía; mejor ayunar que tragarse aquellas verduras pestilentes.

Cuando terminaron las clases, Jules, Huan y Marie se esperaron a la puerta del colegio, como hacían todas las tardes, para ir juntos a la trastienda del negocio del señor Shian. Al

principio, cuando los tres hicieron amistad, solo había sido un lugar donde estar con el consentimiento de sus padres, que no querían que sus hijos vagabundearan por la calle y por eso los dejaban «estudiar en casa de un compañero». Después, a propuesta de Jules, aquella trastienda llena de cajas y bultos había sido declarada sede del club Los aventureros del siglo XXI. ¿Qué club era ése? Solo lo formaban tres miembros, los tres amigos, pero tenía un gran objetivo que cada uno expresaba a su manera: un mundo tecnológico y feliz para Jules, un mundo justo y feliz para Marie, un mundo de riqueza y feliz para Huan. No es que creyeran que ese mundo sería realidad exactamente en el siglo XXI, solo habían cambiado de lugar la I del siglo XIX en que ellos vivían y de ese modo habían saltado al futuro con que soñaban. Y todo lo que vivían y planeaban en aquel futuro imaginado de la trastienda era, por supuesto, una aventura.

—Esa chica nueva de la clase de las mayores viene hacia nosotros. En el patio te miraba y se sonreía mientras el señor Mathieu hablaba. Yo creo que le gustas —le dijo Marie a Jules.

—No le gusto, es que nos conocemos, somos primos. Su familia acaba de trasladarse a Nantes después de vivir unos años en París.

—Qué guapa —opinó Huan.

—Hola, Jules. Hola a los demás —dijo la prima de Jules al llegar hasta ellos.

Jules la saludó contrariado. Marie le lanzó una mirada desafiante, masculló algo inaudible y bajó la vista. Huan se puso colorado y, aunque abrió la boca, no pudo decir nada.

—¿No nos presentas, Jules?

—Huan, Marie, esta es mi querida prima Caroline Tronson, una chica muy bien educada.

—¡Hola, Caroline! —exclamó Huan por fin.

—Me alegro de conocerlos. ¿Qué hacéis ahora? ¿Vais a algún sitio?